

## Las tres edades del "Quijote" (\*)

---

Yo no soy cervantista y, por lo que luego diré, espero que entre quienes me escuchan haya algunos que tampoco lo sean. Mientras llega el momento de explicar el sentido de estas palabras, me apresuro a decir que no envuelven desacato ni desestima; antes bien, tengo para los cervantistas mis mayores respetos, sea cualquiera el gremio a que pertenezcan, aunque mi estimación no sea igual para todos los gremios, ni para cada uno de los agremiados.

Como lector ingenuo de Cervantes, sin premeditación teleológica, sin recámara ni trastienda, me inspiran especial gratitud aquellos beneméritos varones que pasaron lo mejor de su vida depurando los textos, aclarando pasajes oscuros, ilustrando sucesos olvidados, desentrañando alusiones implícitas, evocando instituciones, costumbres y ambientes desaparecidos y procurándonos, en una palabra, la mejor comprensión de lo que real y verdaderamente escribió el Príncipe de los Ingenios. Me importa esto mucho más que cualquier especulación subjetiva, por aguda e ingeniosa que sea, acerca de lo que no dijo Cervantes, bien porque no lo dejaron, según unos, o bien porque, según otros, no quiso o no supo decirlo. Doy preferencia, pues, a los "comentaristas" sobre los "exegetas", y creo que es de justicia reservar el primer lugar entre aquéllos al verdadero fundador

---

(\*) Conferencia pronunciada en el Instituto Británico el 23 de febrero de 1948.

de la crítica erudita del *Quijote*, al vicario de Idmiston, John Bowle, el "Reverendo D. Juan Bowle", como él mismo se titula, y cuyo nombre, por cierto, no ha merecido en la "Enciclopedia Británica" el honor de un artículo. Sus famosas "anotaciones", discutidas, mejoradas y con harta frecuencia saqueadas por quienes vinieron después, despiertan todavía admiración y pueden estudiarse con fruto. El comentario de Pellicer, notoriamente inspirado en el de Bowle, aunque con muchos materiales nuevos, se publicó en España seis años después, y fué el primero de una serie en la que se destaca notablemente el trabajo de Clemencín por el asombroso caudal de lecturas que había puesto a contribución con el fin de ilustrar el *Quijote* a la luz de la proliferación novelística derivada de los ciclos caballerescos.

Pero ya en las observaciones del erudito investigador español están los gérmenes de un mal, que había de corromper y hacer indigestos los comentarios de esta índole, como los de Hartzenbusch y Cortejón, por no citar otros autores de menor renombre. Me refiero a la manía de poner peros al léxico y a la sintaxis de Cervantes y a la osadía de enmendarle la plana sustituyendo los pasajes oscuros por lo que en su lugar habría escrito el comentarista. Se había olvidado la admirable enseñanza que Fray Luis de León puso en el frontispicio de las *Moradas*, de Santa Teresa: "Ruego por caridad a quien leyere este libro que reverencie las palabras y letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien; y verá que no hay que enmendar, y aunque no lo entienda, *cree, que quien lo escribió lo sabía mejor...*". No era tan santa la mano de Cervantes, pero bien merecía, por más de un motivo, esa reverencia que encarecidamente nos recomendaba Fray Luis. Del abuso que acabamos de señalar se libró en gran medida el ilustre Fitzmaurice-Kelly; pero la reacción saludable y reparadora la representa el más insigne de los cervantistas modernos, el inolvidable maestro D. Francisco Rodríguez Marín. Su conato se extrema precisamente en justificar los vocablos y giros que habían sido objeto de reproches y correcciones y en demostrar, con un conocimiento ni igualado de la lengua del Siglo de Oro, que Cervantes escribió lo que quería, alternando con acierto maravilloso los tres estilos que campean en el *Quijote*, y que la aparente incongruen-

cia o arcanidad de ciertos lugares sólo está en la ignorancia del lector.

Porque una cosa es pasar la vista por un texto y enterarse aproximadamente de lo que dice, supliendo cada uno con sus propias figuraciones lo que no acierta a entender claramente, y otra muy diversa la delicia de saborear lo justo y lo feliz de cada expresión y apreciar los matices iridiscentes que producen en las palabras los reflejos de las que las preceden o las siguen. De ese entender a medias, pensando que se entiende todo, tenemos una rica experiencia los que durante largos años hemos venido siendo jueces de aspirantes a traductores. Candidato hay que se presenta hablando con soltura un idioma extranjero, en el que seguramente es capaz de seguir el hilo de una narración novelesca o de un artículo periodístico; pero cuando luego se sienta a traducir literalmente un texto de esa índole, el propio opositor que esbozó una sonrisa de suficiencia al ver contrincantes armados de sendos diccionarios, comprueba con ingenua sorpresa cuán elevado es el tanto por ciento de las palabras cuya significación exacta le era desconocida. Semejante resultado obtendríamos si a algunas de las muchas personas que leyeron de corrido el *Quijote*, sin notas y sin diccionario, y están seguras de que no se les escapó nada, les preguntáramos a quemarropa qué es un "hidalgo de lanza en astillero", qué significan "velarte", "vellorí", "duelos y quebrantos", "acabar ocasiones", etc., todo ello sin volver la primera página del libro.

"Luz, mucha luz, es lo que esos libros inmortales requieren", exclamaba Menéndez Pelayo, y ante todo "luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni frase sin interpretación segura...". Y ésa es la luz que ha brotado a raudales, gracias a la erudición portentosa y al esfuerzo sagaz y perseverante de Rodríguez Marín. Si al evocar la memoria de este cervantista excepcional, que fué también un amigo caballero, me aparté un tanto del camino trazado, espero que se me perdone en aras del propósito que me guía. Cuando la muerte ya rondaba al que era a la sazón Director de la Real Academia Española, y mientras el notario redactaba su última voluntad, todavía Rodríguez Marín seguía pensando en Cervantes y en su gloria. Así, en una cláusula del testamento encarga a sus

herederos que si "llegado o ya próximo el año 1947, cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, hallaren buena ocasión para reimprimir esta obra... atiendan más a la honra del preclaro nombre de Cervantes que al provecho propio...". Esta edición, tan pulcra y digna como él la deseaba, y para la cual había preparado más de un millar de notas inéditas, acaba de salir a luz. ¿Verdad que no era justo ni piadoso olvidarse del eximio maestro en esta hora? Estoy seguro de que el propio Cervantes, si su voz pudiera llegar hasta nosotros, nos acompañaría a gritar: "¡Francisco Rodríguez Marín, presente!".

Hasta aquí los "c mentari-tas", los que no van más allá de la letra, los que no pretenden encontrar en Cervantes intenciones ocultas ni designios diversos de los que él tan clara y llanamente definió. Coloco, pues, de otro lado a los buscadores de claves y de tesis, a los inventores de interpretaciones simbólicas, a los descubridores de sentidos esotéricos, a los autores de estudios tropológicos, a los que nos presentan un Cervantes vascófilo, médico, jurisperito, etc., pues hay para todos los gustos. Y con estos cervantistas zahoríes es con los que no es fácil entenderse. Si yo comulgara, por ejemplo, en la idea de que Cervantes era un católico romano a machamartillo y hasta con sus ribetes de teólogo, no podría estar conforme con los que pretenden probar que el *Quijote* es una sátira contra la Inquisición o contra la Iglesia.

Por cierto que la tesis de que Cervantes no veía con buenos ojos a la Iglesia ha puesto en boca de Don Quijote y ha popularizado, por ignorancia o por malicia, una frase que éste no dijo nunca: "Con la Iglesia hemos *topado*". "Topar", o "tropezar", como escriben otros, dan idea de choque y de obstáculo; pero lo que advirtió el hidalgo a Sancho es que, buscando en las tinieblas de la medianoche el alcázar de Dulcinea, habían *dado* con la iglesia del pueblo o, mejor dicho, con las tapias del cementerio anejo a ella. La diferencia entre "dar" y "topar" se hará bien patente si tratamos de cambiar estos verbos en el habla usual. V. gr.: "Sé bien quién es el autor de ese libro, pero no *doy* con su nombre." Nadie diría "no *topo* con su nombre".

He hablado con cierto recelo de los cervantistas exegetas,

pero tampoco a éstos los desdeño; son testimonio vivo de que toda obra genial ha de sugerir necesariamente algo más de lo que en forma explícita nos ofrece. Y apelo nuevamente a la autoridad de Menéndez Pelayo: "Si por falta de sentimiento estético —escribió— o de la debida preparación histórica, o por influjo de ideas y pasiones extrañas a la contemplación desinteresada de la belleza, se juzga mal y torcidamente de la obra de arte, aun este mismo juicio erróneo e incompleto será un tributo a la gloria del artista creador que acierta a interesar y a apasionar con su libro aun a los espíritus más alejados de la pura fruición de lo bello. Quien no tenga por suficiente gloria para Cervantes la de ser el primer novelista del mundo, un gran poeta en prosa, un admirable creador de reacciones ideales y de formas vivas, el más profundamente benévolo y humano de todos los escritores satíricos, estímele en buen hora como médico o como jurisconsulto o como político y deduzca de sus obras todas las filosofías imaginables, que cada cual es dueño de leer y entender el *Quijote* a su modo, y no han de ser los verdaderos apasionados de Cervantes los que miren con ceño tan extraño como inofensivo culto, aunque se guarden con prudencia de iniciarse en sus ritos."

Queda todavía otro grupo de cervantistas, que son los que se encaran, no ya con el *Quijote*, con las *Novelas ejemplares*, o con las otras obras del autor, sino directamente con la persona de Cervantes como hombre, como padre, como marido, como ciudadano o como cobrador de alcabalas. A éstos hemos de agradecerles todo lo que se sabe de la vida triste y desventurada del glorioso escritor. Con ocasión del centenario que en estos días se conmemora, todos esos cervantistas a que me he referido, y los de otros gremios no mencionados, nos ofrecen y nos seguirán ofreciendo aquí mismo, en el resto de España y en el mundo entero, los frutos de sus investigaciones. Pero en el coro de la glorificación universal, la voz de los cervantistas biógrafos se ha de modular con primor para evitar ciertas notas desafinadas. Digo esto porque no pocas veces hemos visto que, llegado el momento solemne de exaltar la persona o la obra de una figura relevante, se sacan a relucir trapitos sucios, que acreditan de excelente escudriñador al que dió con ellos, aunque no acrediten tal vez

en igual medida su buen gusto y su discreción. Nadie hay que no tenga en su vida algún episodio que desearía borrar del recuerdo; y aunque al investigador no le está prohibido sacar a luz las flaquezas del personaje objeto de su estudio, no parece que la mejor ocasión para airear esas flaquezas sea la solemnidad de un centenario. Yo quisiera que en éste, a ser posible, se ahondase más en el período, todavía nebuloso, que comprende los años de mayor actividad literaria de Cervantes, lo que respondería al más noble interés de sus devotos, en lugar de enfocar los reflectores hacia determinados episodios equívocos...

Y aquí, haciendo una gentil reverencia, nos despedimos de los cervantistas para hablar del *Quijote*, en el supuesto de que no se escribió únicamente para ellos, ya que por muchos nombres que pongamos en el elenco de los cervantistas, siempre serán un puñado insignificante junto a los centenares de millones de lectores que, en todas las lenguas del mundo y en el transcurso de los siglos, han hallado en el libro inmortal distracción, alimento espiritual y noble estímulo de los más generosos impulsos de que es capaz el corazón humano. No olvidemos estas palabras de Cervantes:

Yo he dado en Don Quijote pasatiempo  
al pecho melancólico y mohino,  
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Pasatiempo que alegra y conforta; pasatiempo que inunda el alma con fulgores de una belleza soberana; pasatiempo que alecciona y nos hace meditar, pero, al fin, pasatiempo.

Al recordar esta definición auténtica, no me olvido de aquella otra finalidad secundaria, expuesta en forma no menos auténtica, que consistía en combatir y desterrar los libros de caballerías; pero también estos libros, tan injustamente juzgados en montón por las generaciones posteriores, eran obras de pasatiempo y, como tales, gozaron de estimación y popularidad, sólo comparables a las que actualmente disfrutaban las novelas policíacas o de aventuras. Y hasta se daba el caso, que hoy se da con estas novelas, de que los mismos que a escondidas las leen con afán y delectación, renieguen luego ostensiblemente de ellas y hasta oculten esa lectura, como si fuera cosa vergonzosa. Se

ha dicho, ignoro con qué fundamento, que Santa Teresa confesaba con pesadumbre la gran afición que en su juventud había sentido por las narraciones caballerescas; pero un ejemplo cierto de esa condenación *a posteriori*, que contrasta con el goce privado de lo mismo que se condena, nos lo ofrece Valdés en su maravilloso *Diálogo de la Lengua*. Allí escribe que los libros de caballerías están mal compuestos, son mentirosos y desvergonzados, tienen un estilo desbaratado y resultan, en fin, manjar tan indigesto "que no hay buen estómago que los pueda leer"; pero luego confiesa paladinamente su irresistible inclinación pasada a tan fermentadas lecturas: "Diez años —dice—, los mejores de mi vida, que gasté en palacios y cortes, no me empleé en ejercicio más virtuoso que en leer estas mentiras, en las cuales tomaba tanto sabor que me comía las manos tras ellas."

¡Oh sabrosas mentiras! ¡Oh invenciones fabulosas, geniales, artificiosas o pueriles! ¡Oh bendita literatura de ficción, compañera, amiga y redentora de los que no conocen otra vida que la vida vulgar! Un pobre boticario de pueblo, padre de una familia en la estrechez, no podrá nunca, ni siquiera en sueños, cortejar a esas damas del gran mundo, cargadas de abolengo y de joyas, que se mueven en el marco deslumbrador de los grandes balnearios de moda, o en palacios y trasatlánticos; pero puede, eso sí, apropiarse y saborear las emociones de un apuesto galán, como él querría haber sido alguna vez, leyéndolas por el precio de una receta, mientras se filtra un colirio o se enfría un cocimiento de malvavisco. Por eso hubo y habrá siempre lectores de los relatos de aventuras, llámense libros de caballerías, fábulas policíacas o sencillamente novelas.

La vida cambia, los paladares se embotan y los géneros literarios nacen, florecen y decaen. En la época en que Cervantes toma la pluma para escribir el *Quijote*, los libros de caballerías han agotado ya su ciclo; pero no se ha extinguido en los lectores la sed de esa literatura de evasión que aquellos libros habían abastecido por sí solos —y no es mérito despreciable— durante más de una centuria. A este propósito no deja de ser significativo que la primera novela del mundo en el tiempo y en la excelencia, la que se proponía, entre otras cosas, expulsar de la república de las letras los libros de caballerías, tomase justa-

mente el argumento, la trama y la apariencia de uno de tales libros, injertando así un género en trance de expirar, con el que nacía entonces, el de la novela realista, llamado a ser el más universal y esplendoroso durante los tres siglos siguientes. Y es que el genio artístico de Cervantes había sabido discernir el rico contenido de ideales eternos que se oculta entre la escoria y la inmundicia de no pocos de aquellos libros; y acendrando y enalteciendo esos mismos ideales y añadiéndoles un aliento de humanidad, hasta entonces desconocido, Cervantes escribió en una pieza la obra de noble pasatiempo, que, según él, aliviaría los pechos melancólicos, y la última novela caballeresca, magistral y definitiva, que no por lo que tiene de parodia, sino en virtud de su brillo deslumbrador, no permitiría que saliesen a luz en lo futuro más libros de caballerías; como no deja el sol que en el cielo se enciendan luminarias mientras él está en el cenit.

\* \* \*

Las grandes creaciones del arte, las que triunfan de las más encontradas corrientes estéticas y crecen en la estimación general a medida que pasa el tiempo, parecen pasar por períodos análogos a los que distinguimos en la vida del hombre: infancia, adolescencia y madurez. En realidad, no son las obras las que pasan por estas fases. La mentalidad y la sensibilidad de los pueblos son las que evolucionan, y el aparente crecimiento biológico de una obra literaria, reflejado en las interpretaciones sucesivas de que es objeto, nos ofrece una imagen paralela del proceso ascendente correlativo en la literatura de los diferentes países.

El primer eco que despierta el *Quijote* en España, pasada la efímera popularidad que debió al chismoseo del mundillo literario doméstico a causa de las alusiones y pullas que contiene la obra, fué una carcajada general, franca, ruidosa y saludable; eco que hoy nos parece una reacción primaria propia de inteligencias infantiles. En nuestras ciudades y aldeas rieron por los mismos estímulos los reyes, los hidalgos, las damas y los pajes; en Alemania, pocos años después de publicada la obra inmortal, su protagonista aparecía en mascaradas y torneos burlescos como un hallazgo insuperable para excitar la hilaridad; en Italia, la



risa que causaba el *Quijote* era el mismo reír intrascendente con que se festejó el *Orlando* de Ariosto; en Portugal, las frecuentes caricaturas y parodias del Ingenioso Hidalgo sólo tendían a subrayar el aspecto ridículo de sus descomunales aventuras; en Francia pareció haberse renovado, aunque con discreta sordina, la salvaje risa de Rabelais... Estamos en la infancia del *Quijote* o, mejor dicho, en una etapa de las literaturas europeas que corresponde a una mentalidad ingenua, frívola y despreocupada.

La adolescencia da comienzo con las primeras manifestaciones, más o menos tempranas según los pueblos, del movimiento revolucionario romántico. Aquel loco sublime, furiosamente individualista, desconectado de toda la mecánica social, que coloca sus propias normas de derecho por encima de toda autoridad y de toda ley positiva y que, además, se toma la justicia por su mano, no podía ser ya para los románticos blanco legítimo de ludibrio y de chanzas. ¿Qué paladín más representativo que el caballero andante de la Mancha, para encarnar la libertad desmelenada y el humanitarismo enciclopédico? A partir de este momento se empieza a tomar en serio el *Quijote*. Tal vez demasiado en serio, ya que, por contraste y reparación, sin duda, de las risotadas de antaño, las nuevas interpretaciones de la obra van a caer del lado elegíaco. Recuérdense las frases conmovidas de Víctor Hugo, Sainte-Beuve y Barbey d'Aureville, en Francia; las lágrimas de Heine, en Alemania, o las palabras de Dostoyevsky, en Rusia, cuando califica al *Quijote* del "libro más triste del mundo".

En esta etapa asistimos ya a la emancipación corporal de Don Quijote y de Sancho, arrebatados a la paternidad de su creador, arrancados del suelo en que nacieron, esterilizados de toda savia nacional y listos para asumir, en cualquier hora o en cualquier país, éste o aquel significado simbólico de validez más o menos universal. Ya no se escucha la voz de Cervantes por boca del Ingenioso Hidalgo. Este ha pasado a ser una realidad histórica o mitológica, y así todo el mundo tiene derecho a interpretar a su modo las ideas, las palabras y los hechos del personaje, sin pedirle permiso a Cervantes y hasta revolviéndose contra él. De este desarraigo de Don Quijote, que también se ha intentado por acá, hay copiosos ejemplos en las literaturas europeas

de los últimos siglos; pero quizá tenga su expresión más interesante y característica en la crítica literaria rusa, como vamos a ver rápidamente sin detenernos en los juicios, bastante divulgados, le Gógol, Puschkin y Turguénief (1).

Este último, como es sabido, veía en el héroe manchego un apóstol iluminado, precursor del liberalismo ruso, y descubría en el escudero, fiel y paciente, lo mejor del espíritu amorfo de las muchedumbres, del pueblo siempre crédulo, que se deja arrastrar fácilmente por cualquier hombre extraordinario. Sobre esta interpretación, al fin y al cabo idealista y generosa, vuelca un jarro frío de positivismo el folleto de Lvof (2). Según éste, Don Quijote no es ni más ni menos que un loco ridículo, que hace payasadas grotescas sin ninguna finalidad moral elevada. La tesis de Lvof, por lo que se refiere al contenido inane de los heroísmos disparatados del hidalgo, fué comentada por Storoschenko (3), Schlepelevich (4) y Petrof (5), aunque con más elevación de miras, para justificar la conclusión de que aquellas hazañas ni eran vanas y ridículas por sí mismas, sino a consecuencia de la aparición anacrónica de un caballero andante cuando ya no quedaban en el mundo vestigios del espíritu caballeresco. Esta tragicómica incongruencia la utiliza después Belinsky (6), pero dándole ya un aspecto que prelude ciertas interpretaciones marxistas del *Quijote*. Nos dice, en efecto, que la interna contradicción que constituye la esencia de la novela no se ha de

---

(1) Me refiero principalmente a la traducción castellana del estudio de Turguénief acerca de Hamlet y Don Quijote y a los trabajos de la Pardo Bazán, Icaza y otros eruditos españoles. Como estudio reciente es muy digno de atención el publicado por Santiago Montero Díaz en la *Revista de Estudios Políticos*, vol. XV, Madrid, 1946, pág. 111.

(2) A. Lvof, *Hamlet y Don Quijote según la interpretación de Turguénief*, San Petersburgo, 1863.

(3) N. I. Storoschenko, *Filosofía de Don Quijote* (en la revista *Vestnik Evrope*), 1865.

(4) N. I. Schlepelevich, *El "Don Quijote" de Cervantes*, San Petersburgo, 1903.

(5) D. K. Petrof, crítica del ensayo de Schlepelevich en *Boletín del Ministerio de Instrucción pública*, 1903.

(6) V. G. Belinsky (con ocasión de la novela de Sollogub, *Tarantas*), *Obras completas*, vol. II, San Petersburgo, 1913.

ver en el trivial contraste entre el amo y el escudero, como representaciones del idealismo y del realismo, sino en el choque de los ideales redentores del héroe contra una estructura social que necesariamente tenía que sofocarles. Belinsky, por otra parte, se eleva sobre la tesis de Lvof en cuanto al mezquino significado que éste daba a la personalidad del hidalgo manchego. Ya no es tan loco y tan payaso como parecía a primera vista; es más bien un verdadero sabio y, ante todo, "un hombre noble y un magnífico, valeroso e irrefragable caballero".

Ahora bien, la reacción más elocuente contra la depreciación tendenciosa de Don Quijote y, al propio tiempo, el caso más interesante, dentro de Rusia, de esos intentos de personificación a que antes hemos aludido, hay que buscarlos en los juicios de Dostoyevsky. Quizá sea éste, en la historia universal de la crítica literaria, el más apasionado admirador del libro inmortal. El amargo y sombrío novelista de *Crimen y castigo* se transfigura al hablar del *Quijote*, se convierte en un místico exaltado y, como le domina la obsesión del destino ecuménico de Rusia, de una Rusia cristiana y altruísta que agrupará a todos los hombres de la tierra bajo unos mismos ideales, personifica a esa Rusia de sus sueños en Don Quijote, por ser éste, a su juicio, el más excelso de los héroes que jamás conoció la humanidad. Pero ya nos advierte que, sin traicionar su providencial misión unificadora, Rusia seguirá su camino con la fe inquebrantable del hidalgo manchego y que, si algún día fué objeto de burlas, como Don Quijote, ya se acerca el momento en que empezará a infundir terror.. (Esto se escribió ya mucho tiempo, y puedo precisar la fecha, porque fué justamente el mismo año en que cometí la imprudencia de venir a este mundo...)

Desde esta posición de Dostoyevsky, típicamente eslava, pero al fin idealista, trascendente y, si se quiere, apocalíptica, descendemos como de una montaña a los puntos de vista a ras de tierra, a la aproximación del ascua a la sardina, a la utilización del mito cervantino para la propaganda sectaria. Novikof (1) no vacila en calificar el *Quijote* de libro francamente reaccionario, puesto que el héroe representa un mundo feudal afortunadamente

---

(1) *Apud* Derschavin. V. la nota (2) de la pág. siguiente.

desaparecido —dice el crítico— y defiende unos ideales utópicos que, también a su juicio, están llamados a desaparecer. Lunacharsky (1), que tiene en su haber una feliz y aguda semblanza del hidalgo manchego, nos presenta sus gestas como ejemplo de la lucha de clases entre la burguesía, representada por el propio Cervantes, y el neofeudalismo que, según el crítico ruso, florecía en nuestro suelo con impetuoso vigor durante los siglos XVI y XVII...

Para no alargar en demasía este desfile, que ya resulta desproporcionado con la extensión de la conferencia, terminaré copiando algunos párrafos del librito de Derschavin (2), publicado en 1934, que es el estudio más moderno de que tengo noticia, acerca del *Quijote* en la U. R. S. S.: “El *Quijote* —escribe Derschavin— ha alcanzado la más amplia difusión en toda la humanidad y constituye uno de los elementos más valiosos de aquel tesoro del pasado cuyo heredero es nuestra época constructiva de la nueva cultura socialista.. El lector soviético lee y leerá (esta novela), ante todo, como un elocuente documento histórico de aquella época que figura en la historia de la humanidad como una de sus páginas más sombrías y lamentables. Y, sin embargo, es el lector soviético quien librará a Don Quijote de la prisión de sus ilusiones y a Sancho Panza de la concepción práctica utilitaria de la que ha pasado a ser símbolo en la literatura universal. Detrás de las aventuras tragicómicas del loco manchego y de su escudero, el lector soviético contemplará la triste figura del autor y comprenderá que lo mejor que podía dar la época en que éste vivió y escribió su famosa novela era precisamente la locura sabia del héroe y la astuta simplicidad del escudero.”

Hasta aquí no he hablado de Inglaterra, para hacerlo ahora por separado. También allá pasó la obra de Cervantes por lo que hemos llamado el período infantil. Mi admirado amigo Sir Henry

---

(1) A. V. Lunacharsky, epílogo de la edición abreviada del *Quijote*, Moscú, 1924. V. también *Historia literaria de Europa occidental en sus momentos más importantes*, 2.<sup>a</sup> ed., Moscú, 1929.

(2) Konst. Derschavin, *Cervantes y Don Quijote*, Moscú, 1934. Interesante sobre todo por la bibliografía rusa que contiene.

Thomas nos ha recordado recientemente que Don Quijote, durante el siglo XVII, era considerado en Gran Bretaña como "el príncipe de lo divertido", si bien este país en el siglo siguiente hizo más que ninguno otro para poner de manifiesto la insondable profundidad del libro inmortal. Así es, efecto, y también en dicho país —añado yo— es donde apunta por primera vez, y mucho antes que en la propia patria del *Quijote*, una visión integral de la obra como síntesis armoniosa de lo cómico y de lo trágico; como superación de la antinomia entre las risas, casi medievales y las lágrimas del romanticismo; entre lo grotesco de la mísera realidad y la sublimación poética de los más nobles anhelos humanos; entre las burlas, a veces crueles, con que Cervantes pone a prueba el temple diamantino de su héroe y la tierna piedad con que lo acompaña y sostiene en todos los trances. Y aquí aparece ya, a mi juicio, la definitiva valoración del libro único, de ese libro que, después de la Biblia, es sin disputa el más universal de todos los libros.

Sabido es que la primera traducción del *Quijote* es la que apareció en lengua inglesa pocos años después de publicado el original. También conocemos, por estudios copiosos y bien documentados, cuán profunda y temprana fué la influencia de Cervantes en la literatura inglesa. A este propósito nos dice el ilustre hispanista francés Morel-Fatio: "Todos los humoristas ingleses, aun los más grandes, como Fielding y Stern, deben algo a Cervantes; pero si éste hizo a los ingleses la merced de inspirar a sus mejores cuentistas y de moldear el ingenio de sus humoristas, los ingleses le pagaron a Cervantes este favor impulsando a los españoles a leerlo más atentamente y a tomarlo más en serio."

Este juicio, aunque nos duela un poco reconocerlo, contiene un fondo de verdad y en él apunta el concepto del humorismo al que yo pensaba ir a parar. Acerca de este concepto hemos discurrido ampliamente Fernández Flórez, en su discurso de recepción en la Real Academia Española, y el que os habla, porque le cupo el honor de contestarle en aquella solemne ceremonia. La verdad es que no anduvimos muy conformes en ciertos extremos, como suele ocurrir siempre que se enfoca un problema con absoluta independencia de juicio y desde ángulos diferentes.

Y no es de lamentar que esto suceda. Nuestro ojo derecho no recibe de las cosas que mira la misma imagen que nuestro ojo izquierdo, y así lo quiso la divina sabiduría, porque, si coincidieran por completo ambas imágenes, nos sería imposible percibir el relieve de los objetos. Disentíamos, digo, en algunos puntos de vista, pero tuvimos, o al menos tuve yo, la satisfacción de que anduviéramos acordes en lo más importante; por ejemplo, en la apreciación de que el humorismo, más que un género literario, puesto que también lo utilizan otras artes, es una reacción particular de ciertos espíritus ante el espectáculo de la vida, y coincidimos igualmente en la afirmación —y esto es lo que ahora me interesa recordar— de que el humorismo no es un fruto precoz. “Obsérvese —decía Fernández Flórez— que este punto de madurez que el humorismo requiere se relaciona no sólo con los escritores que lo producen, sino con los pueblos y con la literatura de esos pueblos. Es decir, que un pueblo joven o una literatura joven no dan frutos de humor. El humor aparece cuando las naciones ya han vivido mucho y cuando en su literatura hay muchos dramas, muchas tragedias y mucho lirismo...”

Estas condiciones se dieron hace tiempo, más o menos cumplidamente, en todas las grandes literaturas europeas; pero el humor como fórmula suprema de comprensión, simbolizado en la sonrisa agrídulce y compasiva, no floreció simultáneamente en todas las culturas adultas. Cervantes con su obra genial se adelantó él solo en más de un siglo a los primeros brotes de otros pueblos. Y por eso el *Quijote*, monumento imperecedero y jamás superado del humor, sin antecedentes ni consiguientes inmediatos, surgido de la noche a la mañana como un seísmo orogénico, no podía ser abarcado en toda su imponente grandeza por los contemporáneos del autor. Era, por tanto, natural que el primer pueblo de Europa que alcanzase el clima social y político, la configuración mental y la sensibilidad indispensable para que fructifique colectivamente la interpretación humorística de la vida fuese igualmente el primero en percibir y valorar la verdadera esencia del *Quijote*, sirviendo así de guía y de maestro a las otras naciones.

El *Quijote* puede ser, si se quiere, nuestra gran epopeya nacional, la representación total y armónica de la sociedad espa-

ñola en su momento de mayor apogeo, como escribió Menéndez Pelayo; puede ser, como dijo Maeztu, el libro de nuestra decadencia; puede ser la sublimación del conflicto entre el idealismo y el materialismo, entre la realidad y la fantasía o entre la poesía y la prosa, que de todas estas maneras suele expresarse un mismo concepto tan vacío como socorrido; puede ser la batalla desigual del hombre superior contra la mediocridad circundante; puede ser, como pretendía Dostoyevsky, el libro en que la humanidad doliente ha ido anotando la amargura de una experiencia milenaria, para presentarlo como descargo el día del Juicio ante la justicia divina... Puede ser ciertamente eso y muchas cosas más; pero todo ello se resuelve a la postre en una visión integral de la vida, de la Vida con letra mayúscula, al través del temperamento genial del más grande humorista que vieron los siglos. Pues bien, en el momento en que se llega a esta conclusión, el *Quijote* alcanza la plenitud de su significado, logra su madurez definitiva y entra, al fin, en la edad adulta, que ha de ser eviterna e inmarcesible. Y si la buena nueva de Cervantes fué entendida fuera de España antes que aquí, cual suele suceder a los profetas, agradezcamos a la crítica inglesa esa lección que nos ha recordado Morel-Fatio.

Esta interpretación, a diferencia de otras citadas más arriba, tiene la ventaja, y para mí el atractivo singular, de que no disocia a Cervantes de su obra; antes bien, hace a ambos hipostáticamente consustanciales. Muchas de aquellas otras interpretaciones suponen un común postulado por el que se nos invita a admitir que el Príncipe de los Ingenios no sabía a punto fijo lo que hacía cuando escribió sus páginas inmortales. Recuérdense las palabras de Unamuno: "Pretendo liberar al *Quijote* del propio Cervantes." Sabido esto, nadie puede llamarse a engaño porque Unamuno se permita, según dice, "discrepar de la manera como Cervantes *entendió y trató* a sus dos héroes", fundándose en que "los personajes de ficción tienen dentro de la mente del autor que los finge una vida propia con cierta autonomía y obedecen a una íntima lógica". No niego que haya algo de verdad en la relativa inconsciencia de los hombres geniales o en esa "cierta autonomía" de los seres engendrados por la imaginación; pero me siento más inclinado a creer que si alguien

está en situación privilegiada para adentrarse en la personalidad de esos seres fingidos, para conocer a fondo sus pensamientos, sus afectos, su idiosincrasia, sus reacciones y su íntima lógica, para “entender” a derechas y “tratar” adecuadamente a esos personajes, ese alguien es el autor que los ha engendrado y ha convivido con ellos largos años; sobre todo cuando ese autor, como en el caso de Cervantes, puede expresar de modo insuperable cuanto quiere merced al dominio maravilloso de una lengua ya batida y adelgazada para adaptarse a los más sutiles matices del pensamiento.

No prosigo estas consideraciones, que nos alejarían del tema propuesto, porque, a mi juicio, la obra de Unamuno, la admirable *Vida de Don Quijote y Sancho Panza*, no es una nueva interpretación del *Quijote* que nos haga modificar la tesis sostenida hasta aquí: es realmente una exhibición deslumbrante y magnífica del pensamiento, del saber y del arte de Unamuno a la manera de esas variaciones sobre un tema ajeno que escribieron algunos grandes músicos del período romántico. En semejantes composiciones lo de menos es el tema; su valor sustancial y duradero se debe al talento, a la inspiración, al estilo personal y a la maestría técnica del compositor, llámese Beethoven, Brams o Unamuno. Para decirlo de otro modo, Unamuno, Maeztu, Ramón y Cajal y otros ingenios de menor cuantía, se sirvieron del *Quijote* como de un frontón de granito para lanzar contra él sus propias ideas filosóficas, religiosas, estéticas, políticas o sociales, por el gusto de verlas rebotar y trazar en el aire curvas más o menos graciosas. Pienso, además, que la era de las meditaciones, de las exégesis subjetivas y de los ensayos parasitarios, ha dado ya de sí cuanto podía dar. Ya tenía yo esta presunción cuando el eximio pensador D. José Ortega y Gasset publicó hace treinta y cuatro años, sus famosas *Meditaciones del Quijote*, que sólo contenían la “meditación preliminar” y la “meditación primera”. Con una osadía, que no llamaré juvenil porque no escribí mi primera cuartilla hasta cumplidos los seis lustros, pero sí de neófito, me permití pronosticar entonces que no llegaríamos a ver la segunda meditación. ¡Tal era mi convencimiento de que este filón cervantino estaba a punto de agotarse!

Lo que más impresión hizo en mi ánimo al leer aquellas me-



ditaciones, que si no fueran admirables por su agudeza y la altura de su vuelo lo serían cuando menos por el estilo, fué la aseveración de Ortega de que nadie había conseguido todavía entender el *Quijote*. He aquí el pasaje a que me refiero: "Cervantes —un paciente hidalgo que escribió un libro— se halla sentado en los eliseos prados hace tres siglos, y aguarda, repartiendo en derredor miradas melancólicas, a que le nazca un nieto capaz de entenderle." Si esto fuera verdad, ¿habría cosa más grotesca y risible que el espectáculo de estos centenarios, de estas conmemoraciones periódicas con que el mundo civilizado manifiesta su admiración por el autor de un libro incomprensido?

Pero basta de digresiones. Volvamos a coger el tema en el punto en que lo dejamos. Habíamos quedado, o por lo menos había quedado yo, en que el *Quijote* entró en su edad madura cuando se acertó a ver en él la obra maestra del humorismo universal. Hace muy pocos días un crítico tan profundo y sutil como Dámaso Alonso ha vuelto a airear esta tesis, y ha recordado la influencia decisiva que el *Quijote* ejerció en Fielding, imitador entusiasta, directo y declarado de Cervantes, y ha señalado el paralelismo existente entre el favor que en España gozaban aquellos libros de caballerías, blanco de la parodia de Cervantes, y el entusiasmo del público inglés por las falsas y empalagosas Pame-las y Clarisas que Fielding, siglo y medio después, se propuso desterrar por el mismo procedimiento del ridículo. No es la primera vez que se nos habla de esto. Lo hizo Icaza hace bastantes años, aunque en forma menos explícita; pero conviene que se reiteren estas observaciones para que no caigan en el olvido. Además facilitan la contraprueba de la tesis que propugnamos; porque si Fielding es sin disputa en el siglo xvii un humorista de pies a cabeza, y si el creador del adorable Mr. Pickwick lo es igualmente en el siglo xix, y si ambos se han inspirado reconocidamente en el *Quijote*, no se podrá dudar de que en el modelo estaban ya los elementos de ese humor que hemos visto florecer luego en Inglaterra, desde donde se extendió a todo el mundo, y que ha llegado a ser en nuestros días un ingrediente sustancial de los géneros literarios más diversos.

Hoy se puede afirmar que el humorismo está al alcance de todas las fortunas. Campea por igual y a gusto de todos en el

periódico, en el teatro, en la conferencia, en el semanario popular o en la película. Y yo pienso que gracias a este hecho comprendemos el sentido profundo del *Quijote* mejor que nuestros padres o nuestros abuelos. Así pudo decir Pemán en el Ateneo: "Esta generación que celebra su cuarto centenario es más contemporánea de Cervantes que la propia generación que convivió con él." Todo ello en el supuesto de que no tenga razón Ortega y Gasset. Recuerdo haberle oído a Diaghilef, el genial creador de los "Bailes Rusos", en una conversación con el maestro Arbós, que el entusiasmo por Beethoven obedecía a "un malentendu seculaire". ¿Será también la admiración por el *Quijote no entendido*, un caso monstruoso de sugestión universal?

Yo he conocido en aldeas incomunicadas hacendados modestos, curas rurales, secretarios de Ayuntamiento, gentes sencillas, que no envidiaban diversión alguna si tenían a mano el *Quijote* para leer con reposo y delectación hoy un capítulo y mañana otro. Uno de estos lectores, juez jubilado, por más señas, podía recitar de memoria páginas enteras. Si Cervantes los ve desde los "elíseos prados", estoy seguro de que suspenderá un momento su mirar melancólico para dedicarles una alegre sonrisa. Porque ¿pudo soñar jamás un escritor con un homenaje tan cordial y entrañable como el que tributan en la intimidad al "hidalgo paciente" esos nietos humildes que le han nacido, esos lectores sin complicación que se rinden ingenuamente a los encantos del libro que escribió para ellos hace más de tres siglos?

A esos lectores se dirigen mis modestas palabras, porque, como yo, no son cervantistas.

JULIO CASARES.